

ARTÍCULO DE DIVULGACION I

FILOSOFÍA Y HORMIGAS: FEEDBACK ENTRE INVESTIGADORES Y AFICIONADOS¹

Ignacio Germán Ballesta¹

Estas líneas nacen ante la sensación de que, en nuestra comunidad, un abismo separa *dos culturas*, la de la investigación y la de la cría o afición a las hormigas. Quizá la expresión sea excesiva, pero, como otras exageraciones deliberadas, va a sernos útil para ilustrar la idea y apuntar los matices pertinentes.

Que hay una distancia entre investigadores y aficionados es un hecho, y un hecho que, en cierto modo, no admite crítica ninguna si uno no quiere caer en el sinsentido: unos y otros hacen cosas muy diferentes, tienen distintos intereses y objetivos, y hasta diríamos que emplean un lenguaje que sólo guarda, en el mejor de los casos, un aire de familia con el de la otra parte. En otras palabras: es una distancia natural. Pero admitir esto no deja de ser una obviedad que poco nos aporta. Nos interesa entonces ocuparnos de la posibilidad de que, de algún otro modo, esa distancia no sea tanto natural como impuesta. Sólo si se da este segundo caso –que haya otro sentido en el que esa distancia sea fruto de alguna dinámica o construcción humana ajena a la naturaleza de la propia actividad– tendremos margen de acción, y un margen muy amplio.

Empecé a interesarme verdaderamente por las hormigas cuando fui a dar, en la Facultad de Filosofía, con un texto de un

tal Edward O. Wilson. Distráidos con ideas o discursos enredosos y más ilusorios que posibles, más de un alumno encontró valía palpable en una propuesta ineludible de Wilson: la necesidad de la unión de distintas disciplinas para lograr un conocimiento completo y cada vez menos miope. La idea no era nueva. De hecho, estaba cerca de ser un lugar común en el discurso filosófico. Pero tenía elementos que hacían de aquélla una propuesta más inquietante y atractiva, porque Wilson era el padre de la sociobiología –luego descubriríamos que también de la mirmecología moderna– y aquel planteamiento tenía tintes de filosofía de la biología que no habíamos visto antes, y un alcance inaudito. La propuesta irrumpía con fuerza en medio de un debate que por antiguo ya parece eterno, en cualquier caso cansino y seguramente estéril, y que además se viste de moda para crear oposición entre bandos y escisiones según el momento: allí era la separación entre filosofía analítica y continental –una filosofía más conceptual, precisa, clara y directa frente a una filosofía más ensayística, literaria o interpretativa–; en muchos otros lugares es, de forma más amplia, la separación ciencias y humanidades.

El diagnóstico de esta situación lo planteó mejor que nadie, en 1959, Charles Percy

1. Este artículo es una adaptación de la comunicación ofrecida en el MyrmeXperience (junio de 2024) y en el Taxomara (julio de 2024). nagerba.17@gmail.com

Snow, físico y novelista británico, en una conocida conferencia ofrecida en Cambridge –“Las dos culturas”– en la que puso sobre la mesa la expresión y la idea que nos trae aquí: ciencias y humanidades estaban separadas entre sí por un abismo integrado en la mente. Se intuye enseguida el carácter impuesto o artificioso de la división, y con él, la posibilidad apuntada al inicio de que esto abriese un amplio margen de acción. Snow comenta que a menudo compartía el día de trabajo con científicos y luego salía de noche con colegas literatos –cada cual que concluya lo que quiera sin que esto suponga una nueva diferencia–, y apunta: “sentía permanentemente que me movía entre dos grupos –comparables en inteligencia, de idéntica raza, de orígenes sociales no demasiado diferentes, más o menos con los mismos ingresos– que habían dejado absolutamente de comunicarse entre ellos (...)” (Snow, 1988).

Lo interesante aquí es notar que enseguida se pone el acento no en las disciplinas sino en las personas. Esto es: no se trata de un problema derivado de la naturaleza de cada campo de conocimiento sino de las personas que los representan. Dice Snow: “Los intelectuales literarios en un polo, y en el otro los científicos, con los físicos como los más representativos. Entre ambos un abismo de incomprensión mutua, a veces (particularmente entre los jóvenes) hostilidad y desagrado, pero sobre todo falta de entendimiento. Cada grupo tiene una curiosa imagen distorsionada del otro” (Snow, 1988). Snow continúa exponiendo el sinsentido de esa frontera tan marcada y mostrando las similitudes que unos y otros guardan, aunque no puedan o no las quieran ver. No se trata de forzar una igualdad en algún sentido inexistente entre ambas esferas, sino de, conociéndolas, entender cuáles son sus caminos, sus posibilidades y su relación con la otra parte y con el contexto. En última instancia, es la necesidad de comprender que esa división humana ahonda en una polarización cada vez ma-

yor que “representa una pura pérdida para todos nosotros. Para nosotros como personas y para nuestra sociedad. Es al mismo tiempo una pérdida práctica, intelectual y creativa” (Snow, 1988).

Como decía, éste es el diagnóstico, y bien certero. Para obtener el remedio, y especialmente el conocimiento que nos lleve a la aplicación de ese remedio, propongo acudir a Wilson. El padre de la sociobiología daba motivos sobrados para ser tenido en cuenta en una facultad de Filosofía, al menos en una que defendiese debidamente una necesaria filosofía de la ciencia. Pero el argumento definitivo llegaría en 2014, siete años antes de su muerte, cuando vio la luz un maravilloso libro que a muchos sorprendió: *The Meaning of Human Existence* (“El sentido de la existencia humana”, publicado en castellano por la editorial Gedisa dos años después).

Uno de los mejores científicos de los últimos siglos –diría que de todos los tiempos y no me iba a arrepentir– apostaba por la necesidad de que ciencias y humanidades fuesen de la mano con una acción doble –en realidad, una sola acción, con los dos factores que debería tener cualquier acción convincente–: proponiéndolo y haciéndolo a un tiempo. “Las humanidades, y sus artes creativas más respetables, poseen la capacidad de expresar nuestra existencia de una forma que por fin empieza a hacer realidad los sueños de la Ilustración” (Wilson, 2016). Escribía sobre una cuestión típicamente continental desde una trayectoria y un prisma analítico, o sobre una cuestión humanística desde el influjo de la ciencia. Pero también podía leerse en otro sentido: empleaba los recursos de las humanidades para hilar ideas científicas, mostraba un espíritu literario para desplegar planteamientos que a menudo se reservaban los científicos. Wilson transitaba un camino fronterizo de ida y vuelta que no le era desconocido, pero que se hacía más obvio que nunca y había de ser clave en la resolución de este embrollo: la Filosofía.

Wilson apela, desde la filosofía, a la unión de saberes y a la interconexión de distintas disciplinas para llegar a un conocimiento bien formado. “El estudio de la relación entre la ciencia y las humanidades debería estar en el centro de la educación liberal de cualquier sitio” (Wilson, 2016). Tal como lo veo, la filosofía no es aquí un mero manantial de concordia que, alejada del problema, dicte máximas a unos y otros, sino que es precisamente el camino común a ambas partes capaz de abrir vías de paso de uno a otro lado. La filosofía es la llave de este flujo de doble sentido. Y en esta zona común, por raro que parezca, se encuentran las hormigas.

Siguiendo a Wilson, el sentido de la existencia humana residiría, en buena medida, en el desarrollo de un comportamiento social avanzado. Y este comportamiento tendría un origen biológico similar al de otros animales entre los que encontramos, especialmente, a las hormigas. Sabemos que hablamos de eusocialidad o verdadera condición social cuando tenemos algunas características muy representativas: varias generaciones de miembros de un grupo cooperan en la cría de los más jóvenes en un mismo nido compartido donde, además, algunos de ellos renuncian a su propia reproducción. El éxito vendría precisamente de una inteligencia social mejorada a través de la selección grupal.

Ciencias y humanidades están así más cerca de lo que nunca creímos. Es un sentido de proximidad que nos une a la vez que apunta más allá de nosotros mismos: el origen de esta cercanía o semejanza lo compartimos, si podemos hablar así, con la colonia de hormigas. Dice Wilson: “La ciencia y las humanidades, ciertamente, son fundamentalmente distintas la una de la otra, en lo que dicen y en lo que hacen. Pero sus orígenes se complementan el uno al otro, y surgen de los mismos procesos creativos del cerebro humano. Si el poder heurístico y analítico de la ciencia pudiera sumarse a la creatividad introspectiva de las

humanidades, la existencia humana ganaría un sentido infinitamente más productivo e interesante” (Wilson, 2016).

La propuesta de Wilson nos sirve aquí a varios niveles: no sólo por la evidente analogía que persigo desde el inicio con la separación entre ciencia y humanidades, por un lado, e investigadores y aficionados de nuestra comunidad, por otro, sino porque las hormigas son las que arrojan luz en ese cruce de caminos que expone Wilson y porque, no en vano, son el objeto de estudio que nos reúne a unos y otros en la Asociación Ibérica de Mirmecología.

En mi opinión, y sé que en la de muchos –reside asimismo en el espíritu con que se fundó–, nuestra asociación propicia un encuentro real que debemos aprovechar. Quiero pensar que también Wilson, declarado socio de honor de la AIM en 2007, estaría de acuerdo. Aprovechar ese encuentro, como he tratado de indicar, no pasa por igualar o creer que ambas esferas son lo mismo, sino por poner en marcha una comunicación consciente y efectiva a partir de la cual unos y otros salgan beneficiados.

Traigo así dos propuestas o ideas concretas que serían, juntas, las dos caras de la misma moneda:

Para criadores y aficionados: por una parte, la necesidad o conveniencia de atender a las publicaciones científicas; por otra parte, la motivación para no tener las colonias en casa como meras mascotas.

Para investigadores: por una parte, no trabajar al margen de la información aportada por los criadores y aficionados; por otra parte, la necesidad o conveniencia de una divulgación activa.

Estas ideas llegan tras el contacto continuado con el conjunto de la comunidad y la percepción, compartida con otros compañeros en jocosa complicidad, de que a menudo –¡no siempre!– los investigadores son malos cuidadores y, estos, malos lectores. Lo bueno es que cada cual tiene en su mano ayudar a que el otro mejore su parte, lo que llevará a su vez a una mejora

propia. Los investigadores tienen el rigor, los conocimientos formales, los recursos, la precisión, en ocasiones la experiencia de una vida entera dedicada al estudio científico de las hormigas; los aficionados tienen esa sabiduría menos formalizada pero tan valiosa que se obtiene del empeño en las salidas de campo, en el cuidado más o menos sistemático de colonias de distintas especies, en localizar fechas y lugares frecuentes de vuelos nupciales, y tantas otras cosas que producen una cantidad enorme de datos –materia prima para el estudio científico, incluso–, aunque a menudo deslavazada y de difícil aplicación sin apoyos o referencias, lo que en no pocas ocasiones lleva a la desorientación o falta de asidero para dar sentido a todo. El aumento del número de criadores –o, mejor, *cuidadores*– de hormigas en los últimos años ha puesto sobre la mesa de forma más evidente esa incertidumbre que aquí quiero ayudar a convertir en certidumbres.

La idea es hacer una verdadera comunidad en la que aquella frontera transitada por Wilson no sea tanto la barrera denunciada por Snow como, efectivamente, un marco de oportunidades para cualquiera de nosotros. Lo que cada uno puede obtener de ese terreno común dependerá de lo que estemos dispuestos a aportar. Y hay una serie de cuestiones donde esta convergencia puede

ser muy fructífera: estrategias de fundación, alimentación, fechas y lugares de vuelos nupciales, ritmos de actividad, taxonomía e identificación, datos de distribución... Y cualquier otro aspecto que pueda surgir en adelante, todo ello fácilmente reunido en plataformas de ciencia ciudadana –Ant-flights, FormiciVersity...–, comentado en el foro activo de la comunidad, Formicidae.es, o articulado de cualquier otra forma por nuestra Asociación. Si esto funciona, si aprovechamos esa sinergia, entonces, como en el superorganismo, seremos realmente más que la suma de las partes.

Me gusta ver la cría de hormigas en cautividad como una ciencia aplicada. Lograr que una colonia de hormigas prospere bajo nuestros cuidados suele no ser tan fácil como parece si uno no dedica tiempo y busca y coteja información para ponerla en práctica; de todo ello, si se sacan las conclusiones oportunas, surgirá nuevo conocimiento. Esta experiencia teórico-práctica se inserta en ese engranaje que relaciona continuamente a investigadores y aficionados y que será provechoso para ambos a poco que acierten a comunicarse entre sí. No puedo decirlo mejor que Hölldobler y Wilson en el prefacio de “Viaje a las hormigas”: “Las hormigas, como los seres humanos, para decirlo en pocas palabras, tienen éxito porque hablan muy bien” (Hölldobler y Wilson, 1998).

Referencias

- SNOW, C. P. 1988. Las dos culturas. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- WILSON, E. O. 2016. El sentido de la existencia humana. Editorial Gedisa, Barcelona.
- HÖLLDOBLER, B.; WILSON, E. O. 1998. Viaje a las hormigas: una historia de exploración científica. Grijalbo Mondadori, Barcelona.